

LA INTERPRETACION COMO GENERADORA DE “MUTACIONES SEMANTICAS” EN EL DIALOGO PSICOANALITICO

Dra. Silvia Laura Neborak
siborak@fibertel.com.ar

A mi juicio el rasgo distintivo del pensamiento de Liberman está constituido por el enunciado de precisas definiciones operacionales muy cercanas a nuestra base empírica pero que conservan su ligamen conceptual riguroso. David había advertido que las afirmaciones teóricas psicoanalíticas estaban expresadas en términos unipersonales, mientras que la praxis de la cual derivan esas afirmaciones se expresaba en términos bipersonales. Por eso su objetivo fue la construcción de definiciones operacionales que dieran cuenta teóricamente de lo observado en la práctica, que es una práctica esencialmente bipersonal. El rastreo de su obra escrita, tan original como abarcativa, nos permite comprobar que reformuló desde la clínica prácticamente todos los términos teóricos psicoanalíticos.

Una ventaja de este enfoque, que lleva a cabo una reformulación de las teorías psicoanalíticas en enunciados interaccionales, reside en permitirle a su autor evitar quedar atrapado en antinomias estériles. Por ejemplo relativiza la cuestión del énfasis puesto en el “mundo u objetos internos” en detrimento del “mundo u objetos externos” en la teoría kleiniana, al incluir el postulado comunicacional según el cual con su particular comportamiento como analista, él se constituye en un elemento motivador del comportamiento de su paciente. Como observador participante comprometido con la situación sabe que el paciente que él ve no es la misma persona que ven los de afuera. Más aún que generalmente lo va a ver mucho más enfermo de lo que es afuera. Por lo tanto afirma que el método psicoanalítico y la persona del analista con su sistema de abordaje están influyendo en el material del paciente. Al conceder valor y centrarse sólo en las mutaciones del vínculo analítico desarticula toda causalidad lineal y pasa a una causalidad circular o mejor expresado aún, en espiral. Concebida de este modo la relación transferencial anula la oposición mundo interno-mundo externo y busca indicadores de su

evolución o involución en las respuestas inconscientes inmediatas y mediatas del paciente en el curso del proceso analítico. Volveré sobre este punto.

La investigación de Liberman apunta a la relación entre el contenido y la forma de la interpretación ya que apoya con firmeza la idea de que “la *forma* de la interpretación puede alcanzar directamente ciertas estructuras que quedaron cristalizadas en el diálogo analítico adonde debemos ir a rescatarlas” como bien afirma Horacio Etchegoyen (1985). Resulta entonces natural que se dirija a la lingüística, en una búsqueda transdisciplinaria, que le aporte los métodos adecuados para el estudio de las formas de la interpretación, entendida ésta como una expresión del lenguaje verbal.

Interpretación y mutación semántica

Vamos entonces al grano. Esta postura epistemológica le permite a Liberman redefinir la interpretación psicoanalítica de un modo riguroso. Afirma en 1974, año en que organizó y dirigió el simposio sobre “Interpretación” en APA, que “solamente aquellas intervenciones que se refieren a indicios de lo inconsciente que el analizando emita en forma inadvertida, y siempre que dichos indicios una vez captados por el analista sean comunicados al analizando con el mayor grado de adecuación lingüística –hecho que también depende del estado en que se encuentre el paciente como receptor– **constituyen una interpretación psicoanalítica**” (Liberman 1974, p.219) (el resaltado es mío). Se refiere aquí al descubrimiento por el analista como interlocutor privilegiado, distinto de cualquier otro receptor, de un “segundo significante” al cual le adscribe una dimensión semántica. Al efectuar la interpretación concebida como mensaje verbal informativo, el analista intenta comunicar al paciente la existencia de nuevos significados. De este modo Liberman reformula también el concepto freudiano de “atención flotante” como un modo de denotar esta forma del analista de captar en niveles preconcientes, los significantes verbales combinados con los paraverbales y no verbales, que en forma inconsciente le transmite el paciente.

Cada vez que el analista como emisor logra transmitir un nuevo significado y el paciente como receptor lo capta se produce una mutación semántica, es decir un cambio

en los sentidos y significados adjudicados al proceso. Pero aquí Liberman hace una salvedad coherente con su idea de que la transferencia no se da sólo sobre la persona del terapeuta, sino también sobre el método: mientras que los descubrimientos del analizando se refieren muy especialmente al encuadre –al sentido y al significado que él le atribuye al análisis y a la persona del analista- en el caso de este último se incrementa su conocimiento del paciente: “Cada vez que el paciente y yo llegábamos a esa situación de encuentro, yo tenía la convicción de que conocía más y mejor a la persona a quién una vez tomé en análisis y que él sabía más y mejor que es eso de psicoanalizarse” (Liberman 1974 a, p.754).

El analizando tiene su propia teoría acerca de lo que es el proceso terapéutico psicoanalítico y una fantasía patológica de curación, que distorsiona el sentido y el significado que el análisis debería tener para tal paciente. A menudo el deseo patológico de curación consiste en un “enfermarse más y mejor”. Liberman da el ejemplo del paciente obsesivo que busca que el proceso analítico “ponga en orden sus ideas”. Es decir que le ayudemos a perfeccionar su sistema ideativo obsesivo o su comportamiento ritualista. Opina que es fundamental detectar este fenómeno e interpretarlo para que el analizando pase de la omnisciencia u omnipotencia de los pensamientos, a través de una etapa de dudas obsesivas, a la capacidad de tolerar incertidumbres y plantearse problemas, en busca de soluciones de acuerdo a las circunstancias.

En “Del cuerpo al símbolo” (Liberman et als., 1982) nosotros mostramos cómo los pacientes que se sobreadaptan al encuadre inducen al analista en el vínculo transferencial a que refuerce sus exigencias. A causa de un ideal del yo patológico se sienten valiosos cuando se conciben como objeto de lucimiento nuestro y en cambio se sienten humillados, si tienen que pedirnos ayuda porque no pueden solos. Evidencian una seria confusión entre asumir la responsabilidad de analizarse y ser queridos y aprobados por el terapeuta. Como esta distorsión semántica estrecha el sentido que adjudican al vínculo analítico nuestras interpretaciones serán escuchadas ineludiblemente como órdenes que deben cumplir o expectativas a satisfacer. Reiteramos que nos parece central detectar esta distorsión e interpretarla para que estas personas pasen de la falta de registro

de las frustraciones, a través de una etapa de rupturas del encuadre que había sido previamente aceptado en forma pasiva, a la adquisición de una visión binocular que movilice el sentido adjudicado al proceso y el significado del vínculo analítico (**mutación semántica**). En ese caso podrán expresar aquellas emociones nunca manifestadas –en ocasiones ni siquiera nominadas y por lo tanto no reconocidas- como la ira y la desconfianza.

Cuando Liberman define la *decodificación psicoanalítica* como el acto de detectar un *segundo significante* en la emisión del paciente, mediante la captación inconsciente de la combinación de los significantes verbales con los paraverbales y los no verbales, asemeja este acto a lo que Bion, siguiendo a Poincaré, denominó el *descubrimiento del hecho seleccionado*. Liberman tuvo como analista y como entrevistador una capacidad casi increíble de captar este *segundo significante* que funcionaba como *hecho seleccionado*. Junto a su sobresaliente condición natural desarrolló una investigación consistente del estudio tanto de las características fónicas del discurso como de los gestos, los movimientos y la postura en el diván que lo acompañaban. A este conjunto de evidencias lo denominó *mímica verbal* (Dupetit, 1985).

El papel del lenguaje en el análisis y el insight verbalizado durante la sesión

En cuanto al status de la interpretación como herramienta de nuestra técnica Liberman es taxativo: “Sólo las interpretaciones producen modificaciones psicoanalíticas” (Liberman 1994, p.550). El trabajo mencionado es “The place of language in psychoanalysis”. Liberman lo pensó y lo escribió en inglés en 1981 para presentarlo en el congreso de Helsinki y salvar así la brecha idiomática con sus colegas angloparlantes de la IPA. Recién en 1994 fue publicado en nuestra revista Psicoanálisis, gracias a los buenos oficios de la hija de David, Diana Liberman de Vannelli, traducido al castellano bajo el expresivo título “¿Cuál es el lugar del lenguaje en el psicoanálisis?”. Este artículo no tiene desperdicio ya que enuncia en forma condensada su pensamiento –aún hoy en día novedoso- sobre la importancia de las verbalizaciones tanto del analista como del paciente. Este último sólo llega al conocimiento de las cualidades de su vínculo con el

pecho, con la escena primaria y con las vicisitudes de su Complejo de Edipo en ocasiones muy especiales y no muy frecuentes. Cuando esto ocurre los analistas nos enteramos porque el paciente logra verbalizar su insight dentro de la sesión con **“un estilo coloquial que contiene... aquellos rasgos lingüísticos cuyas raíces se encuentran en la primera infancia”** (el resaltado es mío). Es decir que estos insights verbalizados conservan algo de la retórica infantil preverbal, junto a ítems lexicales que contienen palabras del *argot* propio de cada uno pertenecientes al discurso íntimo. Me viene a la memoria un ejemplo que me dio David de un paciente suyo: “Cuando empecé el análisis creía que era un *pendejo alto*, ahora sé que soy un *grandote con cara de pibe*”.

La importancia que le adjudica al insight verbalizado en sesión –verdadero marcador de la evolución del proceso en el sentido de modificación de la compulsión a la repetición en la transferencia- lo aparta de una teoría de la curación ligada al recuerdo y lo conduce a resaltar la capacidad de pensarse a sí mismo como la aptitud que posibilita el pasaje al autoanálisis. David decía que sólo es estructurante el insight que el paciente dice en voz alta y se escucha decir a sí mismo en presencia del analista. Sin la *oreja del analista* –esa *oreja calificada*- no hay tampoco temporalidad del discurso o mejor dicho del proceso del habla. La presencia del analista sería como la de la mamá que da sentido a los desplazamientos radiales del hijo en el espacio. Lo que se desarrolla es “el sentido gnóstico del tiempo vivido efectuándose cierta verdadera *creación* del pasado” y concomitantemente una reconceptualización de la historia del proceso analítico. En la persona sobreadaptada que somatiza (ob. cit., p.466) nosotros dijimos que esto ocurre cuando el paciente pasa de formulaciones como “Quiero sacarme esto de adentro (el sufrimiento psíquico) porque me hace perder el tiempo y no voy a perderlo llorando” a otras como “Ahora que lo pienso yo siempre sentí que tenía una parte de mi cerebro bloqueado y eso me hace sentir en deuda conmigo mismo” que ejemplifican la mutación acontecida en el sentido de la temporalidad. Se trata del paso de la temporalidad vertiginosa de la hiperactividad, a costa de la escisión de las emociones, al rescate del valor del tiempo dedicado a reflexionar sobre sí mismo.

El insight verbalizado constituye para Liberman un verdadero acto de creatividad lingüística donde las sofisticadas reglas de la sintaxis verbal son utilizadas con gran

refinamiento. La disposición innata a la creatividad del lenguaje plasma en estos momentos de competencia lingüística, que en sí mismos son independientes de una intención comunicativa deliberada ya que pertenecen al contexto del descubrimiento. Muchas veces anteceden el fin de semana analítico pero pueden prolongarse en el tiempo y cuando esto sucede el paciente ubicado en un nivel óptimo de trabajo analítico hace él mismo sus propios descubrimientos. Me parece a mí que aquí David se acerca a la idea meltzeriana del analista *presidiendo* el proceso cuando éste ha avanzado lo suficiente.

Metodología libermaniana para el testeo de la interpretación y el proceso analíticos. La interpretación-construcción.

La postura de Liberman al concebir el psicoanálisis como una ciencia empírica, y su concepción operacional de la interpretación lo llevan naturalmente a preocuparse por la validación de las hipótesis implícitas en cada una de ellas, como lo señala Samuel Arbiser (Arbiser 2000). Se interesa en el punto de vista popperiano: una ciencia no refutable no es tal. Trasciende por supuesto la respuesta inmediata del analizando -como por otro lado ya lo hiciera Freud, el sí o el no del paciente no son determinantes- pero sin excluirla, dándole al mismo tiempo todo su valor a la respuesta mediata. Toma una decisión metodológica: inaugura un método propio al abrir un circuito donde estudia la interacción del paciente con él. Esto le permite comparar series de sesiones pertenecientes a distintas etapas del proceso y de este modo no solamente testear el efecto de las interpretaciones, sino también la marcha del análisis, es decir la evolución o involución de ese particular proceso psicoanalítico; y le proporciona una posibilidad más, hacer construcciones postdictivas y predictivas. En esto Liberman fue un virtuoso.

Fue para mí regocijante releer una vez más la mesa redonda sobre “Construcciones en análisis” (1970 a) donde Liberman discute sus puntos de vista con Wender, Avenburg, García Reinoso, Abadi y Aberastury. Porque ahí me reencuentro con el David coloquial, que usaba un lenguaje penetrante con el que lograba expresarse con la mayor economía de medios. Un lenguaje directo capaz de atravesar nuestras resistencias

a escucharlo, muy eficaz y distinto a mi entender del estilo predominante en sus escritos formalizados. El mismo de los apuntes que conservo de las supervisiones o de los grupos de trabajo. Los reviso y encuentro una frase de David: “La transmisión verbal entre analistas supera con creces la comunicación escrita”.

En la discusión sobre “Construcciones” afirma, refiriéndose a su estudio de las sesiones fuera de ellas y a la manera cómo el paciente interacciona con él: “.....y entonces, de acuerdo a la forma como él hace que yo sea, y como él no me deja ser a mí, es decir a la forma cómo él me va dando indicios y me hace responder, es que “desde afuera del tablero”.....puedo tomar elementos paraverbales y extraer conclusiones sobre sus fantasías inconscientes” (*ibidem*, p.754). En realidad va más allá y hace a mi juicio una reconstrucción del psiquismo temprano de su analizando en base a la repetición transferencial. Liberman había observado que reiteradamente el paciente iniciaba sus sesiones hablando con un ritmo que se iba haciendo cada vez más acelerado, un “in crescendo” más y más apremiante que desembocaba finalmente en un estado de somnolencia, restregándose los ojos. Infiere una hipótesis en base a esta reiteración algorítmica que constituye una construcción: de bebé esta persona mamaba ávidamente hasta atosigarse y entonces se adormilaba defensivamente frente a la sensación de haber arruinado al pecho, de haber arruinado todo. Le interpreta entonces que “.....cada vez que me ve a mí, le viene un ataque de avidez, porque quiere sacar tanto de mí que se atolondra y se le estropea su capacidad de pedir y obtener de mí”. El paciente le respondió (deducimos que se trataba en ese momento de un receptor permeable): “Por eso es que cada vez que yo empiezo una cosa con muchos bríos la echo a perder, porque me atolondro y después me dejo estar.....”(*ibidem*, p.755).

Seguramente fueron numerosos ejemplos de esta índole los que le sirvieron a Liberman para dar un paso más y hacer una generalización empírica donde puso en correspondencia la emoción avidez (de la posición esquizoparanoide) con la cualidad del objeto superyoico proyectado en la figura del analista. La fantasía que emerge según David es la del “pecho que priva”, con punto de fijación oral receptivo (Liberman, 1962)

ya que la privación es sentida por la persona ávida y envidiosa como la privación de algo que previamente produjo bienestar.

A Liberman le interesó evidentemente participar en la discusión de “Construcciones” ya que opina que es en este trabajo donde Freud se rebela contra los límites que le impuso el punto de vista económico concebido en términos de “psicología de a uno”. Encuentra que en ese artículo Freud compromete más al terapeuta y por lo tanto también se compromete él con una “psicología de a dos” al señalar que en el proceso analítico hay una labor creativa del propio analista. También piensa que al aludir a las construcciones en el análisis Freud se refiere a la lógica de los enunciados que se le proporcionan al paciente para que los corrobore o refute. Lo compara con Sherlock Holmes “.....que creaba sus hipótesis subjetivamente y las verificaba una vez que podía enunciarlas a sí mismo” (*ibídem*, p.732). Personalmente, como siempre que trabajé con David me sentí participando de una labor detectivesca, opino que él es el Sherlock Holmes en cuestión identificado con ese rasgo que encuentra mucho más en el Freud de “Construcciones” que en el de “Análisis terminable e interminable”.

El hecho es que en esa mesa redonda Liberman va más lejos y hace una afirmación contundente: “Toda interpretación insertada en el diálogo analítico es implícitamente una construcción” (*ibídem* p.731). Amplía así el concepto de construcción asimilándolo a la opción que tiene el analista de establecer una secuencia de hechos de los cuales él puede dar testimonio, no así el paciente. A la vez nos da una idea de su concepción de la interpretación como el hallazgo de un modelo que va a ser eficaz si se corrobora y descartable si se refuta. Este es para mí un Liberman bioniano. Recordemos que Bion en su artículo “La Tabla” (1977) postula la construcción como un arma polivalente y rápida que pone de relieve que determinados elementos aparecen constantemente conjugados, tomando historias y mitos universales como modelos mentales de los mitos personales. Ya en “La comunicación en terapéutica psicoanalítica” (1962) David se ocupa de la transmisión de la información en psicoanálisis mediante “modelos mentales”. Para pasar de lo conocido a lo desconocido, de lo familiar a lo complejo y no familiar, el analista saca provecho del uso de analogías que él denomina

modelos mentales. Freud utilizó un gran número de ellos tomados de la literatura, la física, la hidráulica, la óptica, la táctica y la estrategia militar, el juego del ajedrez, para modelizar sus ideas teóricas y técnicas. Liberman utiliza los propios tomados del contexto cultural de su época distinta de la de Freud y que responden a sus particulares intereses, como la cinematografía y la música, para dar cuenta de sus ideas teóricas. Pero los utiliza también, al estilo bioniano, como instrumentos para la comprensión del paciente, en el aquí y ahora de la sesión, consciente de que son valiosos siempre y cuando puedan ser usados y descartados cuando han perdido vigencia.

Como dijimos Liberman pone mucho énfasis en distinguir dos momentos en su tarea: cuando está con el paciente como un participante comprometido y el analizando está siendo modificado por el método (contexto de descubrimiento), y un segundo momento cuando estudia cómo estuvieron interactuando (contexto de verificación). Entonces, cuando el analista reflexiona sobre la tarea que llevaron a cabo –otro ejemplo para Liberman sería el de la supervisión - el terapeuta se ubica desde una nueva dimensión que necesariamente cambia el sentido del tiempo pasado y la visión de la historia de ese proceso analítico.

David es contundente al respecto: si el analista reexamina sistemáticamente el diálogo de sesiones ya realizadas, volviéndose entonces un observador de la interacción que el paciente efectuó con el analista que él fue, se abre un nuevo circuito de recolección de indicios, que lo habilitan para extraer conclusiones útiles para demoler los mitos que el paciente tiene sobre su pasado y que condicionan su proyecto futuro. Entonces afirma que de una experiencia analítica, si es tal, se sale con un nuevo sentido del tiempo vivido y con nuevos códigos de valores. También, en consecuencia, con talentos inéditos impensables antes de ella, resultado del incremento de la plasticidad del yo que ha adquirido nuevos recursos. Con esta metodología de trabajo Liberman incluso haya indicios, a partir del estudio del proceso terapéutico, que le sirven como indicadores del final del análisis (Liberman et als, 1985).

Los estilos interpretativos. Complementariedad estilística entre paciente y analista.

Liberman desarrolló con el auxilio de la Lingüística el concepto de “estilos” en el diálogo psicoanalítico. No podemos dejar de referirnos a ellos puesto que este enfoque tuvo una consecuencia natural en su técnica: la concepción de una complementariedad estilística entre material e interpretación.

El concepto de estilos parte de esta tesis libermaniana: hay “una relación significativa entre los modos de comunicarse y los puntos de fijación de la libido” (Etchegoyen, p.114). Por lo tanto los tipos de comunicación están vinculados con las seis zonas erógenas y las emociones relacionadas con ellas*. De esta tesis central surgen no sólo su concepción de una nueva psicopatología ligada a los estilos comunicativos sino también ese ideal aspiracional que es su concepto de un “yo idealmente plástico”. En relación al primer punto Liberman detalla seis cuadros específicos en los que la nomenclatura clásica, de raigambre psiquiátrica, es reemplazada por una nueva sistematización psicopatológica más cercana a su base empírica que es la que le brinda el diálogo psicoanalítico. De este modo por ejemplo, la *esquizoidía* de la nomenclatura clásica deviene primero la *persona observadora y no participante* y más adelante el *estilo reflexivo* con punto de fijación en la etapa oral primaria: el paciente se disocia y al escindir sus emociones no se compromete personalmente en la sesión. Este *paciente que busca incógnitas y no crea suspenso* inocular en nosotros su propia curiosidad disociada, y nos hará formular interpretaciones que nos parecerán tales formalmente. Sin embargo al examinarlas resultarán ser para el paciente, confesiones contratransferenciales de nuestra supuesta curiosidad. Por lo tanto paciente y analista se mueven en un constante malentendido, el sentido de lo que están haciendo difiere para uno y para otro de los dos participantes del diálogo analítico. Por esta razón Liberman ubica a estas personas dentro de las distorsiones semánticas, “al disolver el sentido terapéutico de las interpretaciones

* Esquematisó esta relación en un cuadro, que sus discípulos denominamos en lenguaje coloquial “pechograma”. En él pone en conjunción las cualidades del objeto suproyoico proyectado en el analista según la zona erógena de donde proviene el estímulo con las emociones correspondientes a la posición esquizo paranoide y depresiva (Liberman1970 b).

y, por extensión, de la totalidad de la situación analítica” (Lieberman 1974, p.201). La interpretación estilísticamente complementaria es entonces la que más chances tiene de producir la **mutación semántica** y restablecer el sentido terapéutico del vínculo analítico. En cuanto al *yo idealmente plástico* el *estilo reflexivo* implica el desarrollo de una función del yo: la capacidad de dissociarse y observar sin participar lo que le permite a esta persona percibir totalidades con los detalles incluidos en ellas.

“Este estilo se caracteriza por el alto grado de generalidad de las emisiones” (Lieberman 1976 b, p.74) dice David. Ahora bien, a partir de esta conceptualización sobre los estilos comunicacionales, Lieberman encuentra que cada estilo tiene su complementario que corresponde a la función yoica menos desarrollada en esa persona determinada. Por lo tanto la interpretación aspira a proporcionar al analizado aquellas modalidades de pensamiento verbal que este no logró construir a lo largo de su vida. Entonces ¿para qué interpretamos? Lieberman responde que lo que buscamos “cada vez que interpretamos es introducir “matrices” de pensamiento verbal que estén contenidas en las posibilidades combinatorias sintácticas y semánticas del código lengua que el paciente no logró estructurar durante su desarrollo” (Lieberman 1974, p.220). Y ¿cuál es la razón de ser de la complementariedad estilística? Lieberman afirma que “cuanto mayor es el grado de adecuación entre la estructura de la frase con la que se formula la interpretación y el estado en que se encuentra el paciente en el momento en que la recibe, **tanto menor será la distorsión con que la misma llega al paciente**. Adecuación significa complementariedad estilística” (ibídem, p.220) (el resaltado es mío).

Encuentro que esta parte del pensamiento libermaniano es la que ha sido menos comprendida por sus contemporáneos, y a veces distorsionada cuando se produjo un deslizamiento de sentido y se olvidó que “cuando alcanzamos un nivel óptimo de trabajo, efectuamos **sin premeditarlo** la complementariedad estilística” (ibídem, p.223) (el resaltado es mío). Es decir que alcanzamos como analistas el mayor grado de performance lingüística **en forma espontánea e inconsciente**, sin proponérselo deliberadamente. Saber por ejemplo, que el estilo *dramático con impacto estético*, que logra unir en un mismo mensaje la expresión del afecto con el pensamiento y la acción, es el estilo

complementario del *estilo reflexivo*, no implica que busquemos **deliberadamente** utilizarlo en nuestras interpretaciones al paciente esquizoide. Emitiremos una interpretación formulada de esta manera cuando estemos funcionando con el mayor grado de empatía con nuestro paciente, aunados con él diría Bion.

No tomaré por razones de espacio –para ejemplificar la complementariedad estilística- ninguno de los abundantes materiales clínicos que tan generosamente nos brinda Liberman en sus numerosas publicaciones. Mencionaré solamente una de sus observaciones. Frente a un estado de tristeza, un paciente que *busca incógnitas y no crea suspenso* se quedará en silencio, desconectado emocionalmente del analista, “con la sensación que el tiempo transcurre fuera de él. En un momento dado dirá que “todo esto es fútil, opaco, superfluo” (*ibídem*, p. 212). En esta verbalización, en la cual se advierte una pérdida de los límites personales, la formulación lingüística resulta impersonal y abstracta a raíz de la ausencia de pronombres que aludan al sujeto que emite la frase y a la vaguedad del ítem lexical “todo esto” que puede referirse tanto a la vida misma como al proceso analítico. La interpretación estilísticamente complementaria podrá cambiar este estado de cosas haciendo incapie en el sujeto de la emoción no nominada y disociada - tristeza desesperanzada, con un matiz de desconfianza, sensación de ser insignificante - con un estilo redundante, en el que el analista se incluye y se discrimina a la vez.

Con el objeto de establecer criterios de complementariedad estilística David diferencia entre los ingredientes que componen el estilo en el analizando y en el analista. Mientras que en el caso del primero los estilos corresponden a la combinatoria de los ingredientes verbales, paraverbales y no verbales piensa que en el caso del analista no es así. No nos queda ninguna duda que para Liberman la lengua es nuestra principal herramienta de trabajo porque para él el estilo en el caso de la interpretación va a estar restringido a la estructura verbal de la frase que la constituye. Esto lo afirma en forma explícita en 1974 (*ibídem*, p.219) donde descarta los ingredientes paraverbales y no verbales en la interpretación del analista. Este punto me parece que lo distancia de otros desarrollos psicoanalíticos, como el que efectúa Meltzer en *Dimensiones técnicas de la interpretación: la temperatura y la distancia* (1976). Este autor describe y ejemplifica

ricamente, la manera cómo modula el tono, ritmo, volumen y timbre de su voz para controlar la emocionalidad de esta. Lo denomina *temperatura* de la comunicación. Encuentra que es esta una preparación sumamente útil para que el paciente introyecte en sus objetos internos las cualidades analíticas con la esperanza de que llegue a ser capaz de autoanalizarse en el futuro. A mí me desconcierta la afirmación de David ya que creo que en la práctica no siempre funcionaba así, y utilizaba a menudo sus recursos paraverbales en las interpretaciones como parte de su técnica. En cambio ambos autores me parece que coinciden en advertir a los analistas que “constantemente exponemos nuestra herramienta y que nos “jugamos” frente a cada intervención con el paciente” (Lieberman 1976 b).

Descriptores: Interpretación mutativa – Diálogo – Estilos complementarios

Dra. Silvia Neborak
Billinghurst 2358, 1º “B”
1425, Buenos Aires

Bibliografía

- ARBISER, S. (2000), “David Liberman. Persona, ideas y obra”, presentado en APdeBA el 27/VI/00.
- BION, W. (1977), *La tabla y la cesura*, Bs. As., Gedisa, 1982.
- DUPETIT, S. (1985), “El nombrador”, *Psicoanálisis*, vol. VII, N° 1-2.
- ETCHEGOYEN, H. (1985), “Los estilos interpretativos”, *Psicoanálisis*, vol. VII, N° 1-2.
- FREUD, S. (1937), *Construcciones en el análisis*, Bs. As., AE, 1978, T XXIII.
- LIBERMAN, D. (1962), *La comunicación en terapéutica psicoanalítica*, Bs. As., Eudeba
- et. als. (1970 a) “Mesa redonda sobre “Construcciones en análisis”, de S. Freud, *Rev. Psicoanál.*, T XXVII, N° 4.
- (1970 b), *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, Bs. As., Galerna.
- (1974), “Complementariedad estilística entre el material del paciente y la interpretación”, *Rev. Psicoanál.*, T XXXI, N° 1-2.
- (1976 a), *Comunicación y psicoanálisis*, Bs. AS., Alex, ed.
- (1976 b), *Lenguaje y técnica psicoanalítica*, Bs. As., Kargieman.
- (1981), “The Place of Language in Psychoanalysis”, presentado en el 32° Congreso de la IPA, Helsinki. (1994), “¿Cuál es el lugar del lenguaje en el psicoanálisis?”, *Psicoanálisis*, vol. XVI, N° 3.
- , Grassano, E., Neborak, S., Pístiner, L., Roitman, P., (1982), *Del cuerpo al símbolo. Sobreadaptación y enfermedad psicósomática*, Bs.As., Kargieman
- , Barrutia, A., Issaharoff, E., Winograd, B., (1985), “Indicadores del final del análisis”, *Psicoanálisis*, vol VII, N° 1-2.
- MELTZER, D., (1976), “Dimensiones técnicas de la interpretación: la temperatura y la distancia”, (1997) Bs. As., Spatia.
- (1986), “El proceso psicoanalítico. Veinte años después...”, (1993) *Psicoanálisis*, vol. XV, N° 1.

